

EB



LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Nº. 449

50 CTS.



La
Virgen
Loca

POR
Jean Angelo
y
Suzy Vernon

Número extraordinario

FilmoTeca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN:
Francisco-Mario Bistagne

Pasaje de la Paz, 10 bis
TELÉFONO 18551

Año VIII BARCELONA N.º 449

La Virgen Loca

Adaptación y realización de **M. Luitz Morat**,
según la famosa obra teatral de

Henry Bataille

Intérpretes:

Emmy Linn, Zuzy Vernon y Jean Angelo



Selecciones GAUMONT **Diamante Azul**

L. GAUMONT

Paseo de Gracia, 66

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
WARWICK WARD



La Virgen Loca

ARGUMENTO DE LA PELICULA

Y según San Mateo, en el capítulo XXV, queda dicho:

“El reino de los cielos será semejante a diez vírgenes que, habiendo tomado sus lámparas, caminassen delante del esposo y la esposa.

Cinco de ellas eran locas (aturdidas, imprevisoras) y cinco eran prudentes.

Las cinco vírgenes locas, habiendo tomado sus lámparas, no tomaron aceite con ellas.

Las prudentes, al contrario, llevaron aceite en sus vasos con sus lámparas.

Prohibida la
reproducción
Revisado por
la censura

Y su pequeña luz vacilante era el símbolo de lo que el hombre lleva en sí de más maravilloso: el Amor, la llama espléndida de la vida."

* * *

Después de varios siglos, aquel hermoso monumento de la antigüedad, convertido en el "Hotel Palace Confort Moderne", veía terminar las vacaciones de Pascua de dos familias amigas: la de Charence y la de Armaury.

El duque de Charence era una recia rama del árbol de la aristocracia francesa. Su esposa, la duquesa, tenía la refinada distinción de una estirpe gloriosa y magnífica.

Dos hijos habían nacido de este matrimonio de tan alta alcurnia. Diana de Charence, la virgen loca, espíritu inquieto, muchachita de menos de veinte años, con el corazón alimentado por ansias de ideal, alma romántica entregada al más fervoroso sentimentalismo. Acaso como las vírgenes locas del Evangelio, iba a tomar el camino del cielo, sin preparar la lámpara de la prudencia. Criatura de sangre apasionada, no tenía otra norma que su corazón, que en ella pesaba más que su cerebro.

Su hermano, Gastón de Charence, era un temperamento belicoso, que a duras pe-

nas podía contener el hábito estrecho de la "High Life".

Llevaban varios días en aquel hermoso hotel de Francia, situado en provincias, en uno de los lugares más hermosos del país. Estaban acompañados del matrimonio Armaury, que era también aristócrata, con la aristocracia del talento y del dinero.

Pedro Armaury, el marido, era uno de los mejores abogados de París. Tenía una simpatía especial, un gran don de gentes, una palabra elocuente y persuasiva, una gallarda prestancia que le abría de par en par los salones de la alta sociedad. No era ya muy joven; pero conservaba una juventud plena y vigorosa, un brillo enérgico en los ojos apasionados.

Su esposa, Fanny, era una criatura dulce y buena, leal compañera de su marido, al que amaba con el mismo amor que cuando se casaron. A pesar de sus años de matrimonio, la llama del cariño más honrado encendía aún las almas del esposo y de la esposa.

Después de pasar más de ocho días de vacación en aquel encantador rincón de Francia, iban a regresar aquellas cinco personas bien avenidas a la gran capital.

Aprovechaban el tiempo que les restaba

para realizar breves excursiones, visitar antigüedades, recorrer los sitios adorables de aquella costa de Bretaña, contra cuyos acantilados el mar dibujaba festones de espuma.

Aquella mañana, frente al hotel, estuvo a punto de producirse un serio incidente entre Gastón de Charence y un pastor que conducía un rebaño de carneros.

Gastón protestó enérgicamente contra el paso de aquellas bestias que dejaban un fuerte olor a establo.

—¡Vayan ustedes a otra parte con su rebaño!—gritó, furioso.

—No se puede pasar por ningún otro sitio, señor—dijo el pastor, respetuoso.

—Entonces... no salga de casa.

Y furioso de que un ser inferior le replicara, estampó su puño en el rostro del pastor.

El hombre de las montañas sintió el dolor de la ofensa. Echó el busto hacia atrás, ocultó la mano en su amplia blusa y luego la sacó, apareciendo armada con un fuerte cuchillo, que fué a clavar contra Gastón.

Por fortuna, apareció el abogado Armaury, desarmando inmediatamente al

pastor y poniendo en una de sus manos un billete para que calmara su rabia.

—Ese hombre me ha pegado... y necesito cobrarme su ofensa—rugía el conductor del rebaño.

—¡Ande, ande... no busque pendenacias!... Y prosiga su camino, que nadie volverá a molestarle.

El pastor, como lo que deseaba era cobrarse la ofensa, se guardó tranquilamente el billete y, refunfuñando maldiciones contra la gente rica y parasitaria, siguió su camino detrás del rebaño...

Diana, que había presenciado la disputa, riñó severamente a su hermano, y también el abogado le aconsejó a Gastón fuera en lo sucesivo más prudente. Gastón prometió hacerlo, pero sus ojos impulsivos parecían demostrar lo contrario.

Efectuaron una cercana excursión sin incidentes y por la noche se congregaron todos, después de la cena, en el gran salón del hotel, donde era obligado ir de "smoking".

Se bailaba, se jugaba al ajedrez y a los naipes, se entretejían pasiones.

Diana comentaba con una amiga la actitud de Gastón durante su pendencia con el pastor.

—Rabioso, batallador, pendenciero... mi hermano tiene todos los defectos.

La señora de Armaury asistía a la conversación y sonreía bondadosamente, procurando calmar la indignación de Diana.

Los duques de Charence jugaban al ajedrez. Su hijo Gastón rondaba de grupo en grupo, "flirteando" con las muchachas del hotel.

Pedro Armaury, sentado en un mullido diván, apartado de todos, fumaba lentamente su cigarrillo, mientras sus ojos se clavaban en el grupo donde estaban su mujer y Diana.

La reunión se prolongó hasta media noche. Rápidamente fueron todos desfilando hacia sus respectivas habitaciones.

Despidiéronse los Charence y los Armaury hasta el día siguiente.

Fanny besó a su marido, quien le dijo quería permanecer aún un rato en el "hall"... Se sentía desvelado, con los nervios un poco en tensión. Quería gozar del silencio en que iba a quedar la estancia.

Su esposa se despidió de él, contemplándole con profundo cariño, pues era el ídolo de su alma, el hombre al que amaba más que a su propia vida. Regresó a su cuarto... Iban al día siguiente a París y

quería antes de acostarse arreglar el equipaje.

Ya solo, Pedro Armaury sonrió y volvió a fumar otro cigarrillo. Luego, lentamente, se encaminó hacia la terraza inundada de luna y perfumada por un jardín en toda su florescencia vital.

* * *

Una hora después, cuando todo parecía dormir en el Palace, Diana de Charence, sigilosamente, salía de su cuarto y se encaminaba al jardín.

La virgen loca tenía un secreto de amor—de amor culpable—que llenaba toda su vida.

Amaba a Pedro Armaury con un cariño apasionado, enloquecedor, por el que estaba dispuesta a saltar todas las conveniencias sociales.

Llevaba varios años adorando a aquel hombre, que le parecía un semidiós, pero le había amado en silencio, en el sagrario de su corazón, sin que al exterior trascendieran las llamas de aquel fuego inmortal.

Pero había sido últimamente, en uno de los paseos por la playa, cuando, de modo impensado, casi inconscientemente, los dos amantes se habían encontrado uno en bra-

zos del otro, besándose con locura, con todos los arrebatos y emociones de lo prohibido.

En vano él, hombre de más responsabilidad, en quien la pasión no cegaba con tanta violencia, había querido hacer ver a Diana la culpabilidad de aquel amor; pero la virgen loca rechazaba los razonamientos, ni entendía de otras voces que las que le dictaba su egoísmo.

Y llevaban dos días siendo poseedores de aquel secreto, procurando disimular a los ojos de todos, y buscando las ocasiones de encontrarse en soledad.

Pedro Armaury esperaba a Diana en una de las rotondas del jardín. Al verla llegar, ágil y optimista, la besó en la boca y durante un momento permanecieron en silencio, rezando la oración de las caricias... Después, cuando volvió de nuevo a ellos la serenidad, Pedro exclamó con voz muy triste:

—¡Lo que haces... lo que hacemos... está muy mal, Diana!... ¡No tenemos derecho a engañar a quien no lo merece!

Y su imaginación recordaba a su esposa, tan noble y confiada, a quien él seguía queriendo con plácido amor, a pesar de la nueva agitación que electrizaba su vida.

Pero la virgen loca no entendía de consideraciones.

—Yo quiero ser tu esposa... Pedro... tu ya sola... Si tú accedieras a divorciarte, si te casaras conmigo, ¡me harías tan feliz!

—Pero tú no sabes lo que dices, Diana... —replicó, asustado—. Reflexiona... Tienes diez y ocho años... y yo cuarenta... ¿No sería una locura nuestra unión?

—¿Qué importa la diferencia de edad? Para mí no eres más que un niño... mi niño querido...

—¡Ah, locuela!

Pero acalló sus escrúpulos y siguió por aquella noche el amor culpable hasta que, algunas horas después, ella se reintegró a su habitación de soltera y el marido a la cámara matrimonial.

A primeras horas de la mañana siguiente, los criados transportaban los equipajes de los Charence y Armaury, las dos familias que volvían a París.

Ketty era la doncella de los Charence y novia del chofer de la misma familia. A pesar de que estaban prometidos, se disputaban con frecuencia, pues el chofer se empeñaba en besar y abrazar a Ketty y ésta, muy prudente y timorata, no admitía

aquellos adelantos hasta tanto no hubiese intervenido el cura con su bendición.

En el patio del garaje del hotel tenían aquella mañana su centésima disputa los dos novios. La discusión terminó al aparecer Gastón, quien dijo a Ketty que la duquesa la llamaba.

Gastón tomó uno de los coches y conduciéndolo él mismo emprendió el camino de París. Ya seguirían en el otro automóvil los demás.

Estaban ya listos los preparativos de marcha. Bajaban la escalinata del "hall" los duques de Charence y el matrimonio Armaury.

Fanny Armaury, con su pequeño Kodak, se había empeñado en hacer un nuevo retrato de su marido, quien, pacientemente, no queriendo disgustar a su mujer, accedió a posar ante el objetivo.

—¡Quietos, Pedro! Así... uno... dos... tr...

Tuvo que interrumpirse, pues Diana de Charence apareció ante Pedro, impidiendo a Fanny que hiciera la fotografía.

La virgen loca tenía celos de aquella mujer y no quería siquiera que le retratase.

Disimulando su contrariedad, exclamó, tirando de un brazo de Pedro, con la con-

fianza de la amistad íntima que entre todos existía:

—¡Perdone, Fanny!... pero venga usted, Pedro... Nuestro chofer quiere hacerle una consulta.

Y con ingenuo alborozo, se lo llevó de allí, y ya en el jardín, cambiando el alegre tono de la voz por un eco dulce y emocionado, le dijo:

—Tengo celos de Fanny... de todo cuanto te rodea... Quisiera que no estuvieras nunca con tu mujer...

—Diana... sé razonable... Debes evitar la menor indiscreción...

—¡No me riñas, Pedro!... Hace tres años que te admiro, que te amo, y no hace aún tres días que lo sabes...

—Pero, Diana...

—Ya no podremos hablar a solas hasta París... Quiero que busques un medio de vernos, de ocultar nuestro cariño... ¿De ocultar? ¡Oh, qué pesar! ¡Yo que querría presentarte por todo el mundo, por las ciudades más remotas y mostrarte como a mi marido, como al compañero de mi amor!...

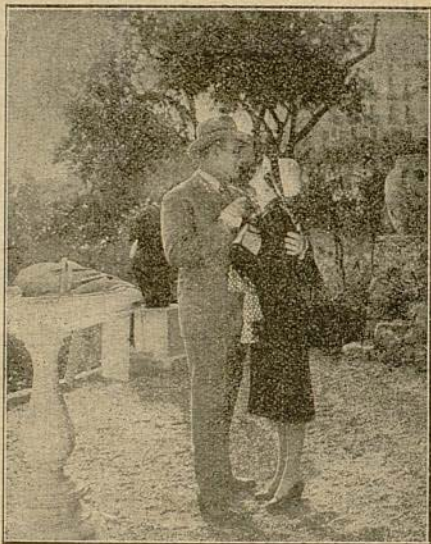
—Calla... calla... que vienen...

Aparecieron los duques de Charence y Fanny..

Todos juntos se dirigieron al lujoso au-

tomóvil que aguardaba en la entrada del garaje.

Y, poco después, el magnífico coche se



—*Tengo celos de Fanny... de todo cuanto te rodea...*

deslizaba por la bien asfaltada carretera que conducía a París.

* * *

Pasaron unas semanas. Pedro se entregaba con verdadero afán a aquel amor embriagador de la virgen loca, que había guardado para él las primicias de su aroma y de su juventud.

¡Cómo se querían! Se veían con frecuencia y el día en que era imposible, a causa del trabajo del abogado, tener una cita, se escribían proclamando con la separación la firmeza indestructible de su cariño.

Y todos ignoraban lo que sucedía... Hasta que un día, el escándalo estalló, imponente, irreparable.

Diana había salido de su casa para dar unas vueltas a caballo por el Bosque de Bolonia.

La señora duquesa de Charence hacía días que notaba en su hija una alegría fosca, extraña, como si, además de la vida normal que Diana llevaba, tuviese otra vida oculta, misteriosa que le produjera un resplandor de felicidad.

¿Tendría acaso algún "flirt" oculto? Estaba en la edad del amor y no era de extrañar que esto sucediese. Pero la señora duquesa pensaba en un amor legítimo, de

color de rosa, no en el amor culpable, contra la sociedad y contra la ley.

Y aprovechando la ausencia de su hija, quiso averiguar... Fué al "secreter" del cuarto de la solterita y, abriéndolo, sacó una arquita de plata, dentro de la cual había unido con una cinta azul un paquete de cartas.

Comenzó a abrirlas con curiosidad, con el alegre espíritu de la madre que por primera vez va a conocer los dulces secretos de su hija.

Pero apenas hubo leído la primera carta la echó a un lado, como si acabase de tocar un reptil.

¡Oh! ¿Qué significaba aquello? ¿Estaba soñando? ¿Era posible que su Diana, su pálida virgen, que ella creía pura como las de los altares religiosos, tuviera un amor criminal?

Llorando, agitada por profunda desesperación, llamó a su marido, el severo duque de Charence, el hombre que hacía del honor la religión de su vida.

Mostróle aquella correspondencia varonil recibida por su hija.

El duque leyó la primera carta, que decía así:

Nunca me he inclinado ante nada, nunca he adorado nada... Y el hombre necesita un ídolo... Mi Diana, tú serás mi ídolo... Te quiere de veras,

Pedro Armaury

Y luego, el fragmento de otra carta, que su esposa le alargó temblando:

Diana de mi vida: Tengo todavía en mis oídos, en mi boca, el sonido, el sabor de tus besos... No los olvido, no los olvidaré nunca... amada de mi alma...

Irguió la noble cabeza y luego la dejó caer con gesto de doloroso vencimiento.

—¡Infame... infame!... ¡El traidor, el mal amigo... el adúltero!

—¡Dios... Dios Nuestro Señor!—sollozaba la madre limpiándose las lágrimas de su rostro.

¿Por qué les castigaba el Señor de aquel modo? ¿Qué había hecho la noble casa de los Charence para que de pronto cayera sobre ella tal ludibrio?

¡Infames... infames!... ¡Y aquella Diana, aquella criatura, pura como la luz, era la amiga de un hombre casado, del mejor amigo de la casa! De hallarnos en otros tiempos, el duque de Charence hubiera da-

do muerte a los dos y la sociedad habría aprobado su conducta...

Diana entró de repente en el cuarto. Venía alegre, agitando aún en su mano el junquillo de montar.

Pero al ver en el suelo unas cintas y el abierto secreter sobre la mesa con las cartas desparramadas, comprendió que todo estaba descubierto.

—¡Mamá!—dijo temblando.

—¡Desdichada! ¿Qué has hecho? — le increpó la señora duquesa.

Diana se aprestó a defender su amor con la fortaleza de una fierecilla a quien quitan su compañero.

—¡Mamá! ¡Esto es ridículo! — exclamó. ¡Tengo edad suficiente para vivir mi vida y derecho a amar a quien quiera!

—Tú no puedes hablar así. Una Charence no puede decir esas cosas escandalosas...

—Estoy enamorada...

Su padre la ciñó duramente por un brazo. Su rostro congestionado indicaba el esfuerzo que tenía que hacer para contenerse y no abofetear a su hija.

—Ahora vas a pedirnos perdón... por la vergüenza que has arrojado sobre nosotros.

—Papá...

—¡Arrodíllate, así... así!...

Y apretaba, deseando quebrar la indomable resistencia de su hija. Pero ésta se mantenía implacable, sin querer pronunciar la palabra de arrepentimiento que le exigían.

—¡Cuidado, Juan!—dijo la esposa, compadecida, y madre por encima de todo.

—Tienes razón—contestó Charence, calmando su arrebató y no olvidando que un aristócrata no tenía derecho a la exaltación—. Nuestra hija sabrá encontrar por sí misma el respeto que debe a sus padres... ¡Oyeme, Diana!... Estás al borde del abismo... No quiero saber cómo has ido a parar allí... Es preciso salvarte con energía, sin vacilaciones..

Diana guardaba silencio, pues le escocía el verse por primera vez censurada por sus padres.

—Hay un convento lejos de aquí, en Bélgica... Allí irás a pasar una larga temporada y a purificar tu alma, que bien lo necesita.

—¡Eso no, eso no!—protestó, desesperada—. ¡Yo no quiero salir de París! ¡No quiero, no quiero!...

—Me obedecerás... porque, de lo contrario...

Entró un criado, anunciando respetuosamente:

—La señora de Armaury está en el saloncito.

—¡Ella!



—*¡Yo no quiero salir de París!*

Diana dió un grito y marchó a otra habitación, no queriendo ver para nada a la rival.

Los duques de Charence vacilaron. ¿Qué iban a hacer? ¿Cómo recibirían a la esposa del hombre infame?

—Hay que recibirla—dijo el duque—

y contarle la clase de rufián que es su marido.

—¡Mucho cuidado, Juan!... Ella es tan buena... Si Fanny no sospecha nada, no le digas bruscamente la verdad.

—Emplearé dotes de diplomático; no temas...

Se dirigieron a la salita donde Fanny de Armaury aguardaba, sonriente y apacible, llevando en la mano un ramo de flores.

Al verles entrar, Fanny les saludó cordialmente y puso en manos de la duquesa el "bouquet".

—¡Las primeras violetas de este año! —dijo.

No le contestaron... Fanny, extrañada, dióse cuenta de la frialdad que había en los rostros de los dos... ¿Qué les ocurría? ¿Por qué aquel imprevisto motivo de enfado?

—¿Qué les sucede a ustedes? ¿Alguna contrariedad?—dijo, sin sospechar ni remotamente lo que sucedía.

—Contrariedad, y la más grave que he tenido en mi vida, señora—exclamó el duque.

—No comprendo...

—¡Acabemos! Su marido, señora, es un

miserable, un canalla que ha embaucado a mi hija, que ha penetrado como un ladrón en el corazón de Diana y lo ha enloquecido.

—¡No... no es verdad!—gritó la dama, dando un paso atrás, como si ante ella se abriera un abismo—. Pedro no ha podido hacer eso.

—Es usted muy ilusa... señora... engañada... Lea... lea... y convéznase a qué altura está ese miserable...

Le tendió unas cartas que, Fanny, pálida como una muerta, leyó con febril nerviosidad

Mi Diana... tú serás mi ídolo... El sabor de tus besos... y la firma, hartamente conocida de Pedro Armaury...

Un sollozo trágico de quien pierde en un momento toda la fortuna almacenada durante su vida, la ilusión acariciada, siempre y por la que no se han omitido sacrificios, conmovió a la pobre mujer y su cabeza se dobló como una flor cruelmente herida por el cierzo.

—¡Infame... qué infame!... ¡El... él!... Y todo era mentira, su cariño, sus bondades... su amor...

Los duques guardaban silencio, respetando el legítimo dolor de aquella criatu-

ra. que también conocía el daño de la traición...

Sin decir ya ni una palabra más, ahogando con terribles aspiraciones de pecho sus nuevos sollozos, se encaminó Fanny hacia la puerta...

—Fanny... si usted quiere que la acompañe...—dijo la duquesa, compasiva.

—Gracias... tengo mi coche abajo...

—¡Adiós, señora!—dijo el duque con gravedad—. Y dígame usted a su marido que sólo salvará su vida si no vuelve a acordarse de esto... Pero que si vuelve a ver a mi hija, yo no, porque soy viejo, pero mi hijo Gastón se encargará de imponerle el castigo.

Nada respondió y bajó la cabeza con abatimiento.

Ya en la puerta, Fanny vió que salía de su cuarto vecino Diana Charence. Las dos mujeres se observaron un momento con hondo rencor, como si fueran a lanzarse una contra otra en un impulso primitivo de sus pasiones desatadas.

Pero la educación pudo más y se limitaron a contemplarse con un desprecio doble y profundo, hasta que Fanny, desviando nerviosamente la cabeza, prosiguió su marcha hacia la calle.

Dejóse caer en el automóvil y ordenó al chofer la condujera a casa. Se sentía enferma... Todo le parecía trastornado, como si sobre el mundo hubiera pasado un cataclismo geológico... ¡Aquella traición!... ¡El, el hombre que era la luz, y el aire, y la vida, y cuanto de amable y bondadoso tiene la existencia!

Entretanto, Diana de Charence se disponía a defender su amor, no con las armas de la rebeldía, en cuyo terreno se sentiría desamparada, sino con la sinuosa senda de la mentira y de una conformidad aparente.

—¡Perdóname, papá!—dijo ella una vez Fanny hubo desaparecido—. Ha sido un "flirt", nada más que un "flirt", del que me arrepiento ahora... Comprendo que hice mal y merezco un castigo. Perdonadme. ¿Cuándo quieres que salga para el convento?

—Mañana mismo... —respondió su padre.

—Entonces, voy a prepararlo todo...

Y con una tristeza estudiada volvió a su cuartito para preparar su equipaje...

En el fondo de su alma sentía la fuerza expansiva de la rebeldía y de la necesidad

de encontrar posiciones para defender el amor, que era su única razón de ser.

Contaba para ello con un auxiliar: su doncella Ketty.

Pedro Armaury, instalado en su bufete, que tenía situado en lugar distinto de su domicilio particular, ignoraba la visita que su esposa había hecho a los Charence.

Una hora después de los acontecimientos ocurridos en casa de los duques, el abogado recibía una carta de manos de Ketty, que decía así:

Nuestro sueño ha terminado, mi Pedro... Me ordenan salir inmediatamente para un convento lejano... Mis padres han descubierto tus cartas... Tengo miedo... Iré a verte dentro de poco. Tu

Diana

Se apoderó de él una profunda excitación. La noticia de que los duques de Charence conocían la verdad le asustó... ¿Qué iba a pasar? ¿No se enteraría también Fanny de lo sucedido? ¿Qué consecuencias iba a traerle su imprudente pasión?

Fanny le inspiraba una lástima profunda. ¡Pobre criatura!... Pero sentía que, a medida que pasaba el tiempo, se iban haciendo más fuertes los lazos de amor que le

unían a Diana... Necesitaba a esa mujer, formaba parte de su vida, y el anuncio de que la separaban de él para encerrarla en un convento le desesperaba.

¿Qué hacer?.. Ketty se había marchado, sin esperar contestación... y el abogado fumaba cigarrillo tras cigarrillo, pretendiendo en vano calmar una nerviosidad que el tabaco no hacía más que aumentar.

De pronto, llamaron al teléfono. Era Fanny.

Aquella buena mujer, ocultando el secreto que le roía las entrañas, haciendo ver que ignoraba cuanto había pasado en casa de los duques, le dijo con una exquisita amabilidad:

—Tengo ganas de salir... de que me dé el aire... Deseo ir al campo, a Armaynouville... ¿Puedes acompañarme?

La noble mujer se había forjado un plan... No recriminaría a su marido, no le haría sabedor de la verdad... Quería reconquistarlo de nuevo para sí, para su amor, con una abnegación heroica.

Por su parte, Pedro, ignorando que su esposa lo hubiese descubierto todo, respondió, convencido de que era preciso en tan supremo instante de la vida, mostrarse

afectuoso y cordialísimo con su mujer para desmentir posibles complicidades:

—Con mucho gusto, Fanny.... Iré luego a buscarte en el coche... como de costumbre.

Colgó el teléfono y comenzó a pasear de mal humor.

Sentía pocos deseos de laborar. Además, ¿no iba a llegar Diana?

—No se trabaja hoy... Estás ustedes libres...—dijo a su dependencia—. Al salir díganle al chofer que venga a buscarme dentro de una hora.

Y su pasante y las dos mecanógrafas, agradecidos a la determinación del abogado, no se hicieron repetir la orden de descanso. Pedro quedó solo en su magnífico bufete, situado en el último piso de una bella casa de París, muy cerca de Nôtre Dame, y desde donde se divisaba el panorama inmenso de la villa luz, sumido en un manto de suave niebla.

Mientras tanto, en la mansión de los Charence, la cordialidad no reinaba precisamente entre el personal.

Ketty, a quien la señorita Diana había puesto en antecedentes de su aventura, se preparaba para acompañar en su viaje a la duquesita. Esta, antes de ir al convento,

había obtenido permiso de sus padres para despedirse de su abuela, que vivía en provincias.

Con el ansia de comunicación que hay en la mayoría de las mujeres, explicó Ketty a su novio, el chofer, lo que ocurría. Pero el conductor sospechó que Diana, acaso una vez fuera de París, se dirigiera a alguna otra ciudad para esperar a su amor culpable y mostróse disgustado porque Ketty iba con la señorita.

—No sé a qué viene ese ceño—le dijo Ketty, sorprendida—. Mi viaje con la señorita Diana no durará siglos...

—¡Lo sospecho todo y no te dejaré marchar!... ¡No y no! ¡Yo no me hago cómplice de esa locura!

—¡No seas necio!... Nada ha de ocurrir.

Pero el chofer, que tenía miedo de que Ketty no regresara tampoco a París, ni corto ni perezoso, se dirigió al domicilio de la señora Armaury y habló con Fanny de todo lo que ocurría.

Fanny le escuchaba con doloroso silencio, lamentando que aquellas intrigas amorosas llegaran ya, con la velocidad del fuego, a la misma servidumbre.

—Ketty me abandona para acompañar a la señorita Diana en su fuga... Porque

estoy cierto de que se fuga. Ketty ha llevado antes una carta al señor Armaury... ¡Ah, señora, qué cosas tan amargas!... Usted sufre, bien lo veo, pero no quiero que me deje mi Ketty...

—¡Gracias por sus advertencias, joven! —le respondió fríamente.

Y le despidió con honda tranquilidad, no queriendo dar el espectáculo de su dolor, ante gente de fuera, y menos ante criados.

¡La fuga! ¡No, no era posible!... Iría al bufete de su marido para retenerle allí a su lado, impidiéndole cualquier propósito criminal...

Y arreglóse febrilmente para marchar al despacho de Pedro.

El chofer, al regresar a casa de los Charence, comunicó también sus sospechas al señor Gastón.

Diana había marchado con Ketty hacía pocos momentos en un automóvil de alquiler.

La exaltación de Gastón al conocer aquella noticia de la supuesta fuga de Diana fué terrible... Corrió a reunirse con sus padres y preguntó por su hermana.

—He autorizado a Diana para que vaya con Ketty a despedirse de nuestra madre...

—dijo el duque.

—Pero, ¿por qué, por qué?

—¡Pobre Gastón! Tu hermana tenía un pequeño "flirt" y hay que evitar nuevas complicaciones...

—Con Armaury, ¿verdad? Así me lo ha dicho el chofer...

—Con él.

—Acaba de decirme el chofer una cosa terrible... Cree que Diana intenta fugarse.

—¡No es posible! Diana regresará esta misma noche para ingresar mañana en un convento.

—¡Diana está loca... completamente loca!... ¡Oh, yo me voy al despacho de Pedro Armaury a aclarar mis dudas!... Se trata de mi hermana, de vuestra hija, de nuestro honor.

Cogió un revólver y con aquella exaltación tan peculiar en él marchó hacia el domicilio del abogado.

* * *

Llamaron a la puerta del despacho de Pedro Armaury. Este se apresuró a abrir y se encontró con Diana Charence, que iba acompañada de la doncella Ketty.

La joven, después de dejar en el recibidor unos maletines, se echó en los brazos

de Pedro y exclamó con palabra nerviosa: —Estoy decidida a todo, mi Pedro... No hay tiempo que perder... He venido para que huyamos inmediatamente...

—Pero... esto es una locura...

—No, no... En casa lo saben todos... y se proponen separarnos para siempre... Tu mujer lo sabe también. ¡Huyamos! ¡Debemos partir en seguida!

—Yo no puedo cargar con esa responsabilidad, mi Diana. ¡Escucha!... Nos detendrían... El escándalo sería terrible...

Pero la virgen loca, a quien el amor daba audacias insospechadas, exclamó con arrebato:

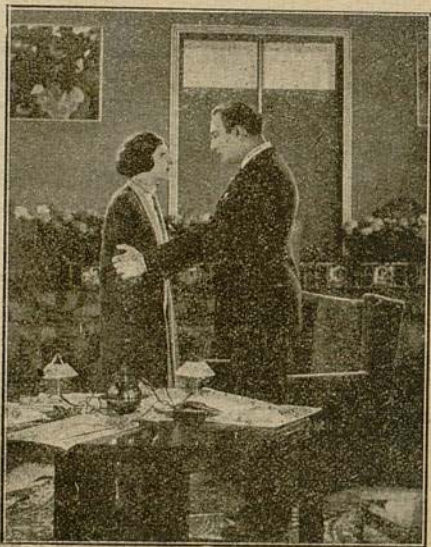
—Te quiero... y tú me quieres a mí... y ésta es nuestra única misión: amarnos.

El abogado se sentía impaciente. Aunque amaba a Diana, el sentido de la responsabilidad le inducía a mostrarse prudente, a no cometer una locura irreparable.

—Escucha... y ten calma, Diana... Debes esperar... Marcha al convento. Yo, entretanto, con calma, gestionaré mi divorcio y nos uniremos luego para siempre.

—¡No comprendo, Pedro! — insistió, dándole un beso—. ¿Cómo iba yo a vivir separada de ti... sin verte... sin oírte? Me faltaría el valor... preferiría morir...

La mirada implorante de aquellos ojos, la suavidad de aquellos labios besando los suyos le convencieron.



—...no puedo cargar con esa responsabilidad, mi Diana.

—Pues bien, sea—dijo, olvidándolo todo, hasta el peligro—. ¡Partamos!...

—Gracias, Pedro, mi Pedro... ¿Dónde vamos?

—A... a... ¡Ya está!... Saldremos ahora mismo para Londres...

—Sí... sí...

—¡Oiga, Ketty!—dijo Pedro a la doncella—. Tomaremos esta tarde el tren para Londres... Espérenos en la estación... El tren sale... ¿Dónde está la guía de ferrocarriles?

—¡Yo la buscaré!

Y Diana comenzó a remover papeles de la mesa, echándolos al aire, sin encontrar la guía. Por fin, la halló sobre un diván...

Consultaron el libro y, conocedores ya de la hora en que iba a salir el tren, Ketty se adelantó para marchar a la estación.

Ya solos los dos amantes, volvieron a entregarse por breves momentos a las delicias de los besos, y luego Pedro arregló un maletín.

Un resquicio de temor flotaba aún en el alma de Pedro.

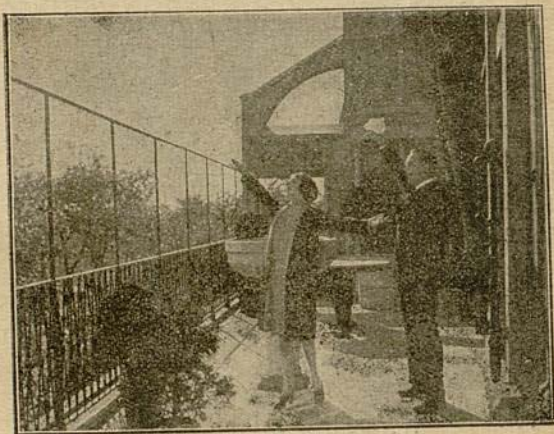
—¡Piénsalo bien, Diana... todavía estás a tiempo!... Es la felicidad de toda tu vida lo que te juegas...

—La felicidad de toda mi vida eres tú.

Salieron a la terraza, desde donde se dominaba la vista magnífica de París. Tan grande como aquella ciudad era su amor... más, todavía más... grande como el mundo.

De pronto, vieron que un coche se detenía ante la puerta de la casa y bajaba de él una mujer: Fanny de Armaury.

—¡Ella! ¡Tu mujer!—exclamó Diana, horrorizada.



Tan grande como aquella ciudad era su amor...

—¡No temas!... Escóndete tú mientras yo la recibo...

—Pero prométeme que por nada del mundo te volverás atrás.

—¡Te lo juro! Sólo tú eres mi dueña. Llamaban a la puerta...

Diana se apresuró a esconderse en un cuartito... Volvieron a llamar. Nervioso, Pedro no se fijó en que en el recibidor había el equipaje que Diana dejara al entrar y el maletín que él había preparado para su inmediata fuga.

Revistiéndose de energía, dispuesto a negar si Fanny le acusaba de infidelidad, franqueó la puerta a su esposa.

Cuando esperaba una escena violenta, unas palabras duras y agresivas de su mujer, enterada del amor culpable, no encontró más que la Fanny de siempre, que le sonreía bondadosamente y le daba a besar su mejilla con la misma suavidad cariñosa que otras veces.

Aquella heroica mujer ocultaba sus sentimientos... Lanzó una ojeada al piso y el equipaje del recibidor le causó una dolorosa impresión.

—Tengo que trabajar aún bastante, Fanny—dijo él, nervioso—. Y no podré acompañarte al campo...

—¡Ah!

Entró en el despacho, y al no ver a nadie, exclamó:

—¿Y tu dependencia? Es extraño que no esté aquí, si tienes tanto trabajo como dices.

—¿Qué quieres? Es una labor personal...

Estaba frenético... Su esposa lo sabía todo... ¡Y aquella tranquilidad, aquella serenidad de que daba muestras, le acongojaban!

Ella lo observaba todo, como si tuviera la certeza de que en aquella casa se encontraba su rival. Aquellas maletas eran una acusación implacable.

¿Estaría allí Diana? ¿Tendrían confirmación las sospechas del chofer? ¡Oh, si fuera cierta esta infamia!

Con un deseo de quedarse sola, exclamó:

—¿Quieres bajar a pagar el taxi?... Yo no llevaba bastante suelto... Y mira: también me he dejado olvidado un guante en su interior... No llevo más que uno...

—Allá voy...

Marchó, profundamente inquieto. Le daba miedo la terrible serenidad de su esposa, serenidad falsa, puesto que todo lo sabía...

Al verse sola, Fanny comenzó a registrar las habitaciones con el ansia de encontrar a la culpable.

La puerta cerrada de un cuarto que tenía puesta la llave por fuera le hizo resisten-

cia... Indudablemente, alguien apretaba por la parte interior.

¡Ella... ella... la infame!... Empujó con todas las fuerzas de su alma, mientras Diana, con una energía desesperada, procuraba también resistir.

Mas por fin, al cabo de unos minutos de dobles esfuerzos, la puerta cedió como cosa de un palmo y Fanny pudo ver a Diana.

Fué sólo una instantánea visión; allá estaba la infame criatura, la mala amiga que le había quitado el amor del marido.

Inmediatamente, Fanny volvió a cerrar la puerta, dando vuelta a la llave y quitando ésta de la cerradura.

Diana quiso abrir y tembló de miedo al ver que estaba prisionera.

Fanny volvió al despacho... Palidecía... En sus manos había aquella llave que guardaba el secreto de la infidelidad conyugal.

Volvió Pedro, devolviéndole el guante olvidado en el coche. Se estremeció al ver el semblante lívido de su esposa.

—Fanny...

Ella, levantándose, le mostró la llave y exclamó:

—¡Sé dónde ocultas a tu amiga!... Yo no merecía que me trataras así, que me engañaras de tan burdo modo...

Pedro quedó aterrado. No encontraba disculpa para su acción.

—Fanny...

—¡No te excuses!... Sé que está aquí, la



—No te excuses... Sé que está aquí... la he visto...

he visto... Sé también que te vas a fugar con ella.

Pedro comprendió que era infantil negar lo irremediable.

—Fanny—exclamó—, nada de escándalo, te lo ruego... Haré salir a Diana por la puerta de servicio.

—Tú te has burlado de mí y...

—¡Dame la llave, Fanny!...

—¡No!

Se encaminó a la terraza. El marido la siguió tembloroso.

—¡Un escándalo no conduciría a nada, Fanny!... Yo hablaré luego contigo. Necesito justificarme a tus ojos.

Un coche se había detenido ante la puerta de la casa. De él bajó Gastón de Charence.

—¡Gastón viene aquí!—dijo Fanny con un gesto de triunfo.

—¿El?

—¡Estáis cercados por todos lados!

—¡Por favor... dame esa llave!... Su hermano no debe encontrar a Diana en esta casa...

—No te la daré... Es preciso que sufras... Además, ya no hay remedio. ¿No oyes?

Sonó el timbre.

—¿Qué voy a hacer?

Ella contempló breves momentos a su marido, a quien seguía amando, a pesar

de aquella traición, y se dispuso a probar el temple de su alma, a salvarle.

—Tengo aún fe en ti—le dijo—. Procuraré librarte de Gastón... Calla y déjame obrar...

Volvía a sonar fuertemente el timbre de la puerta.

Fanny quitóse el sombrero y el abrigo, cogió un cuaderno de notas y, guardándolo en la misma mano en que tenía la llave, se dirigió a abrir.

Entró Gastón alterado y se sorprendió profundamente al ver a la señora de Armaury.

El rabioso y pendenciero muchacho no pudo evitar un gesto de confianza al ver, tranquila y sonriente, a Fanny.

—No esperaba encontrarla a usted aquí—dijo.

Fanny, dispuesta a defender a su marido de las iras de aquel hombre de carácter batallador, dijo suavemente, ocultando la pena que la roía por dentro:

—Vengo con mucha frecuencia a visitar a mi marido.

—Señora—exclamó el joven, sin poder ocultar sus sentimientos—. Mi presencia aquí obedece a una causa muy grave... Se... me ha dicho... que mi hermana se ha fuga-

do... o se va a fugar con su marido... ¡Y si eso es cierto, mato a los dos!

Fanny miró la llave que tenía en la mano. ¡Cuán acertado iba Gastón en sus suposiciones!

Y allá, en su obligatorio escondite, Diana temblaba por la vida de Pedro y por la de ella misma.

Fanny se echó a reír.

—¡Qué tontería!—dijo—. ¡Mi marido raptando a su hermana... y a esta hora precisamente!... Tendría que dividirse...

—¿Por qué?

—Porque él está aquí conmigo, trabajando... Venga a verle... Y, sobre todo, busque un pretexto para su visita... Mi esposo se ofendería si le dijera la verdad.

Gastón se tranquilizó. ¡Maldito chofer!

—Señora... usted perdone el haber dudado...

—¡Son tan malas algunas personas!

Entraron en el despacho del abogado y Pedro, pálido y sonriente, admirando en silencio la noble actitud de su mujer, el sacrificio que hacía para salvarle, alargó la mano a Gastón, quien le dijo:

—Pasaba por aquí y he entrado un momento a saludarle...

—¡Cuánto me alegro de verle!

Tomaron asiento. Gastón vió de pronto la guía de ferrocarriles, que estaba sobre la mesa.

De nuevo arqueó las cejas... ¡Dios!... Otra vez la sospecha se clavaba en su alma.

—¿Se disponía usted a hacer un viaje? —dijo con alterada voz.

—Yo... yo...

Sus manos, que sostenían un fósforo para encender el cigarrillo que acababa de entregar a Gastón, temblaron...

La esposa, heroica y gloriosa en su papel de sacrificada, quiso librarle del compromiso.

—Sí, Gastón, sí—dijo—. Pedro y yo consultábamos la guía para hacer un viaje a Montecarlo... un viaje casi de novios...

—¿De veras?

—Sí... mi marido y yo estamos tan unidos como en el primer día de nuestro matrimonio—continuó diciendo la esposa, mirando dulcemente a Pedro.

Pedro sentíase avergonzado por su conducta, ante el proceder ejemplar de su mujer... ¡Criatura santa... sagrada!... ¡Y estaba realizando aquella comedia por él, que tan mal la había tratado!

—Me encanta verles tan unidos — dijo

Gastón, ya convencido de lo infundado de sus sospechas.

—Quiero tanto a mi Pedro... Yo estoy al corriente de todos sus negocios... de todos sus secretos...—siguió diciendo Fanny.

Y mientras decía esas palabras, sus manos acariciaban la llave comprometedora...

Pedro sufría un verdadero estado nervioso... Hubiera querido desaparecer, pues se daba cuenta de su indignidad ante aquella esposa mártir, que con una sola palabra podía provocar una catástrofe terrible y que, sin embargo, llevaba, con generosa fuerza, las aguas por el caudal de la paz.

De pronto, sonó un fuerte bocinazo de automóvil.

Gastón se levantó...

—Reconozco el claxon de su coche, Pedro... Sin duda, van ustedes a salir y les estoy estorbando...

—¡Oh, no! —dijo la joven—. Un momento, Gastón... No se vaya aún... charlaremos un poco más...

Pedro había salido del despacho, dirigiéndose a una habitación contigua.

Fanny dejó un momento solo a Gastón, que se entretenía leyendo unas revistas, y dijo, yendo al encuentro de su esposo:

—No quiero que por mi culpa sobrevenga una catástrofe... Prefiero darte la llave.

—Fanny... perdón...

—Yo retendré a Gastón en el despacho... Tú obra según te dicte la conciencia... Deja marchar a esa mujer o haz lo que te parezca... Yo te espero aquí.

El bajó los ojos, apretando entre sus manos la llave, mientras aquella heroína regresaba al lado de Gastón, y cobrando nuevos ánimos, con una esperanza secreta de que Pedro dejaría partir sola a Diana, dijo al muchacho mostrándole la guía de ferrocarriles:

—Pedro volverá en seguida. Está redactando un telegrama... Entretanto, ¿me quiere usted buscar la hora de salida del tren de Niza?

—Con mucho gusto...

Ya tranquilizado del todo, mientras hojeaba la guía, Gastón exclamó:

—Conque a Montecarlo, ¿eh?... No sabía que era usted jugadora...

—Sí, lo soy —dijo fumando nerviosamente un cigarrillo—. ¡Y qué apasionante es el juego! ¡Arriesgar en un movimiento, en un gesto voluntario, una parte de la vida de una... de su felicidad!

Tenía los ojos clavados en la puerta y

pensaba en Pedro, en Diana, en si su marido partiría solo o huiría con la virgen loca.

—Es emocionante, no hay duda—dijo Gastón.

—¡Sí, es terrible y es bello!... Tirar todo un capital de felicidad como se tira un cigarrillo... Ya, ya... estamos en Montecarlo... Ya está empeñada la partida... ¡Y pensar que a menudo no queda entre las manos más que un poco de ceniza!

El la contemplaba ahora con extraña atención, sorprendido por la agitación de que daba muestras.

Se escuchó de pronto el claxon del auto de Pedro.

Fanny dió un grito y se asomó a la terraza. Vió que el coche desaparecía rápidamente.

Tuvo una sospecha terrible. Volvió a entrar de nuevo en el piso, llamando a Pedro a grandes voces.

¡Ah, la trágica realidad!

El equipaje que estaba en el recibidor había desaparecido, y el cuarto donde se había ocultado Diana se hallaba vacío... Y Pedro no estaba tampoco allí.

En efecto, Pedro había huído con su amiga... A pesar de los gritos del deber,

el amor, la imploración de Diana fueron más fuertes que la conciencia... Y marchó con la virgen loca, realmente enamorado de ella, sin importarle pisotear otros corazones.



Y marchó con la virgen loca...

—¡Pedro, Pedro!—decía Fanny, llorando como una loca.

Gastón acudió hacia ella y, asombrado, le preguntó qué sucedía.

—Sí... sí!... ¡Ya no le mentiré más!—rugió—. ¡Ya no mentiré más!... ¡Han huído...

los dos juntos... los dos!... ¡Era verdad, era verdad!... ¡Diana estaba aquí!

—¡Ella... y él!... ¡Ah, infames!

Como un loco descendió la escalera, mientras Fanny, dejándose caer en un diván, lloraba tristemente y repetía este nombre, que ya no era más que un sueño:

—Pedro... Pedro...

* * *

Diana y Pedro marcharon a Calais para, desde allí, dirigirse a Londres, en compañía de Ketty.

Ketty partió con ellos.

Por una confidencia supieron en casa de los duques que los fugitivos habían marchado a Inglaterra.

Y al día siguiente, el duque de Charence, Fanny y Gastón, partieron hacia la capital inglesa. Impulsaba a los hombres el odio; a la mujer, el amor.

Porque, a pesar de la fuga de Pedro, ella le seguía queriendo con un amor que transigía con todo.

Los fugitivos se hospedaban en el hotel Savoy. Ketty estaba con ellos.

Pasaron dos días deliciosos, hasta que conocieron la noticia de que el duque de

Charence, Gastón y Fanny habían llegado al mismo hotel.

Pedro había ya presentado una demanda de divorcio.

La virgen loca estaba asustada ante la presencia en el propio hotel de sus familiares. Era necesario huir a otro sitio.

Diana no se había movido aún de sus habitaciones, temerosa de encontrarse con los suyos...

Fanny había escrito una carta a su marido pidiéndole una entrevista...

La primera intención de Pedro fué negarse a ello, pero acabó por ceder, comprendiendo que era necesario quitar toda esperanza de reconciliación a Fanny.

Diana no quería que esta conferencia se celebrase, mas ante los razonamientos de su amigo, se conformó con su decisión. Era preciso quedar libres, y nada mejor para ello que una entrevista con la esposa.

Y aquella noche, en el cuarto que ocupaba en el hotel Savoy la desgraciada Fanny, tuvo ésta su entrevista con el marido infiel.

Gastón y su padre supeditaban toda su acción futura al resultado de aquella conversación.

Acaso Pedro volviera por el buen cami-

no... tal vez abandonase a Diana... Además, ésta había huído también con la doncella, por lo que la fuga no era tan grave... El duque de Charence y Gastón aguardar-



...no se había movido aún de sus habitaciones...

daban en su cuarto el término de la conferencia. No habían visto a Diana... Creían no poder contenerse si ella se presentaba.

Y la entrevista, provocada por la dulce

Fanny para lograr la reconciliación con su marido, no tuvo el menor éxito. A pesar de que la dama se presentó encantadora, llena de sedas y joyas, su esposo pareció permanecer indiferente a sus bellezas.

Se miraban como dos extraños, con una desconfianza mutua.

—Sé que has presentado contra mí demanda de divorcio. ¿Tan firme es tu determinación? ¿Y yo, entonces?—le dijo.

—Fanny... es para mí tan dolorosa esta entrevista... Ya no puedo volver atrás... Conservaré de ti un buen recuerdo, has sido mi mujer y me has dado durante muchos años la felicidad... Pero... ¿qué quieres? El destino... la vida... han puesto ante mí a esa otra mujer y...

—Sí, no sigas — exclamó, llorando—. Me hago cargo. La quieres más que a mí.

El calló, cubriéndose el rostro con las manos... No encontraba palabras para disculparse... Era verdad... La quería más que a ella... Pero eso hubiese sido tan terrible repetírselo a la mártir...

Se levantó dando por acabada la entrevista.

—¡Fanny... adiós!...

La sacrificada le miró con ojos llenos de lágrimas, derrotada en su amor, en su be-

lleza, en sus encantos por aquella tierna virgen casi adolescente que le había robado al marido.

—¡Adiós!—murmuró.



—*Conservaré de ti un buen recuerdo...*

El marido se alejó. Al llegar a la puerta hizo un pequeño saludo y desapareció rápidamente.

Una mueca de implacable dolor desfiguró las facciones de la esposa próxima al divorcio.

—¡Vencida!... ¡Ya no me queda espe-

ranza!... Pero... ¡que sea feliz!—murmuró en un arranque sublime.

Después dirigióse a la salita donde le aguardaban el duque de Charence y Gastón...

Explicó el pobre resultado.

—No nos queda más que regresar a París—dijo.

—¿No deja a Diana?

—La adora. Se va a casar con ella tan pronto se haya divorciado de mí.

—Entonces... ¿es que ese hombre pretende escapar sin una reparación? ¡El miserable!—rugió Gastón.

—Quiere a su hermana...

—¡Yo les juro a ustedes que esta noche sabrá ese miserable quién soy yo!

—¡No, no le haga daño! Se lo suplico... El es bueno...

—¿Y es usted quien me aconseja paz? Usted, que debería mostrarse la más ofendida? ¡No, no! ¡Es un miserable y le mataré como a un perro!

Ante los ojos asustados de Diana pasó la visión de Pedro muerto. Y se cubrió los ojos, queriendo apartar aquel dolor.

* * *

Llegó la noche... Diana y Pedro permanecían en su habitación. El abogado había comunicado a su amiga el resultado de su entrevista con Fanny. Todo estaba terminado entre ellos... Pronto el amor, el verdadero amor, les uniría.

—¡Sí, Pedro. sí!—decía Diana, loca de entusiasmo—. Y después que nos hayamos casado, estoy segura de que mis padres nos perdonarán...

—¡Mi pequeña virgen loca! ¡Cómo has trastornado mi vida!...

—Para evitarte un sufrimiento daría yo toda mi vida. Te adoro, Pedro, te adoro... Pero, sin saber por qué, tengo miedo de nuestra felicidad... de que la amarguen...

Pedro había olvidado definitivamente a su esposa... Ante su virgen loca, todo lo demás palidecía... Aun el honor, aun el deber... La fuerza implacable del amor avasallaba todos los demás sentimientos, aun los más nobles y legítimos.

—Mi mujer-niña—le dijo—, mientras yo viva no temas... ¡Yo sabré defenderte contra todo y contra todos!...

Y, mientras tanto, Fanny, que seguía vi-

viendo únicamente por la felicidad de Pedro, había escrito una carta a su marido... Ella sabía los propósitos de Gastón y quería evitar que se cumpliesen.



—*¡Yo sabré defenderte contra todo y contra todos!*

Llamaron a la habitación. Era un criado, quien les entregó la carta.

Marchó el servidor y Pedro hizo una

amarga mueca al leer el contenido de la carta mostrándola después a su amiga.

Decía así:

Necesito hablarte inmediatamente... No salgas de tu habitación... Un peligro inminente te amenaza.

Fanny.

—*¡No, no quiero recibirla!*—dijo Pedro.

Pero Diana sólo vió aquellas líneas “Un peligro inminente” y exclamó, acobardada:

—*Tu vida está en peligro... debes recibirla... yo me vuelvo a mi alcoba...*

—*¡No... no! No quiero hablar más con ella.*

—*Hazlo, Pedro... Quiere salvarte... escúchala... ¡Ay, tengo miedo de perderte!...*

Llamaron a la puerta.

—*¡Ella!*—dijo Pedro.

La joven corrió a ocultarse en la alcoba contigua, después de rogar nuevamente a Pedro que la recibiera.

El abogado vaciló, pero como los golpes sonasen incesantes, abrió la puerta. ¿Qué quería su mujer? ¿No sería una excusa? ¿No intentaría aquella criatura de nuevo una reconciliación?

Entró Fanny, tapada con un abrigo... Dando muestras de verdadera excitación, dijo:

—¡Ponte en salvo... pronto!... Gastón quiere matarte... Acabo de verle que se dirige hacia aquí...

—¿Gastón? ¡Que venga! ¡No le temo!...

—Debes huir... Ha jurado tu muerte... le he visto empuñando un revólver y subir la escalera...

Pedro se tanteó los bolsillos. No llevaba ninguna arma. Y, de pronto, sintió que golpeaban fuertemente la puerta y una voz conocida, la de Gastón, exclamaba, furiosa:

—¡Abra... abra usted!

Pedro vacilaba. En aquel momento sintió un odio feroz contra el hombre que venía a importunar su dicha. ¡Y no tenía ninguna arma! ¡E iba a morir! ¡Y él quería la vida, ahora más que nunca!

Vaciló, pero de nuevo la esposa mártir le dijo:

—¡Escóndete... escóndete! ¡Ya está aquí!

Pedro, atemorizado, abrió la puerta de la alcoba y entró en ella.

—¡No salgas, por Dios, pase lo que pa-

se, no salgas!—dijo Fanny, cerrando de nuevo.

Tras un violento empujón, con toda la furia de su cuerpo y de su alma, Gastón penetró en la estancia.

Fanny salió a su encuentro.

—¿Qué viene usted a hacer aquí... asesino?—dijo, sulfurada.

—No es a usted a quien busco—rugió el vengador—, sino a ese hombre.

—¡No está aquí!

—¡Sí está!... He oído que usted decía que se escondiese... ¡Que salga, que salga ese cobarde, ese miserable que se esconde detrás de las mujeres!

La puerta de la alcoba se abrió de par en par y apareció Pedro, apoyando contra sí a Diana.

—¡Ah, perro cobarde!—rugió Gastón al verle.

—¡Gastón! ¡No le temo a usted!

Gastón empuñó su revólver y fué a disparar contra el abogado. Pero instantáneamente, Diana y Fanny, la virgen loca y la mujer legítima, se pusieron ante Pedro, escudándole con sus cuerpos.

—¡Muy emocionante!—exclamó Gastón—. Las dos olvidan sus rencores para pensar solamente en protegerle.

Pedro rechazó de su lado a las dos mujeres, prontas a dar la vida por él, y exclamó:

—¡El gesto de ellas, Gastón, es infinitamente más bello que el de usted!



...fué a disparar contra el abogado...

—¡Acabemos, malvado!

Fué a disparar, pero Pedro llegó a tiempo de impedirselo y los dos hombres sostuvieron una fuerte lucha hasta que el abogado consiguió que a Gastón le cayera al suelo la pistola.

—¡Bien... me ha desarmado usted!—di-

jo el hermano de Diana—. Pero mañana u otro día no fallaré el golpe. ¡Se lo juro! Usted no vivirá con Diana porque no pararé hasta matarle...

Y entonces, ante el asombro de Diana y de Pedro, la dulce Fanny cayó de hinojos, con un sentimiento maravilloso de amor, ante Gastón:

—¡No, Gastón! ¡Prométame que les dejaré libres! ¡No mate al hombre que amo sin esperanza!... ¡Tenga piedad de ellos, Gastón... de mí también!... Yo, que soy la más ofendida, he perdonado. Hágalo usted...

—¡No... no!

Pedro se sintió conmovido. Miró a aquella mujer, a su esposa legítima, y le pareció verla rodeada de un halo de luz... Era una santa... una santa... Criatura admirable a la que tendría que besar los pies... ¡Ay si no fuera la otra!

También la virgen loca acababa de sentir la misma admiración por aquella mártir... De repente, en la conciencia de Diana se hizo la luz y comprendió que no tenía derecho a martirizar a la mujer que sabía amar con amor tan grande y generoso.

No debía robarle a Pedro... Ya nunca más podría ser Diana feliz con Pedro, sa-

biendo que dejaban sola y desesperada a aquella heroína.

Y la virgen loca, aturdida, nerviosa, quiso morir. Tomó rápidamente esa determinación, mientras la mujer honrada, la mujer pura se arrastraba a los pies de Gastón.

Sí, sí; a sacrificarse también, a dejar el campo libre a quien lo merecía más que ella... Pero viviendo, no... no podría... Su alma tenía una ansia de eternidad...

Y, sin que nadie la viera, cogió febrilmente el revólver que estaba en el suelo y disparóse, certero y con el pulso firme, un tiro en el corazón.

No lanzó ni un grito. Se había apuntado bien. La virgen loca cayó al suelo como una flor quebrada por su tallo.

—¡Diana!—exclamaron los personajes de aquella tragedia, corriendo hacia la suicida.

Pedro corrió a sostenerla, pero... ya era inútil... ¡Nunca más volverían a sonreír aquellos labios divinos!

—¡Dios mío, qué hemos hecho, qué hemos hecho! ¡He ahí nuestra obra!—sollozó el abogado, llorando desesperadamente sobre el cuerpo de la tierna mujer, que, enloquecida de amor, había querido morir...

Gastón huyó desesperado para comunicar a su padre el terrible desenlace... Y Fanny, en un rincón, rezó a Dios por aquella criatura loca, que sólo había escuchado la voz de su corazón..

* * *

Con el tiempo se cerraron todas las heridas... Gastón no insistió en su venganza... y los Armaury, al cabo de unos años, cicatrizada la huella de la tragedia, volvieron a unirse; ella, con el mismo amor de siempre, amor vencedor de la muerte; él, con la admiración que le causaba tener por mujer a una criatura que bien merecía un puesto en el cielo y en los altares...

FIN

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

BARCELONA: Barbará, 16; MADRID: Caños, 1

En breve, la magnífica novela en veinte cuadernos

De vendedora de periódicos
a estrella de cine

Inmejorable presentación
Portada a colores
Ilustraciones en el texto,
ameno y nutrido
**1 cuaderno semanal
los jueves**
Precio: 25 céntimos
Se admiten suscripciones
¡La mejor novela del año!

En breve:

La Novela
EVA

(Publicación semanal
de novelas modernas)

Deliciosos asuntos,
por prestigiosos
autores.

**Ediciones Especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica
Ultimos éxitos :**

**El Conde de Montecristo
La mujer ligera
Vírgenes modernas**

Ya se ha puesto a la venta:

El pagano de Tahití

por
RENÉE ADORÉE y RAMÓN NOVARRO

Precio: 1 peseta

En breve:

¡ACONTECIMIENTO!

Estrellas dichosas

por
JANET GAYNOR y CHARLES FARRELL